

ORA ET LABORA ÁNGEL DEL OLMO GARCÍA

(GANADOR EN EL I CERTAMEN DE RELATOS HISTÓRICOS “PALLANTIA”)

Anocheía cuando el legado pontificio e inquisidor dominico, fray Esteban de Bourbon, con una escolta de varios soldados a caballo se presentó en el monasterio de San Zoil en Carrión y pidió urgentemente entrevistarse con el abad.

¿Qué deseáis, hermano dominico? –preguntó el abad.

-La herética pravedad ha llegado hasta aquí –le contestó el inquisidor.

-¿Cómo? –respondió el abad con gran asombro.

-Busco a un falso clérigo de vuestra orden, -dijo mientras le enseñaba la carta pontificia que le acreditaba para su acción como Inquisitor hereticae pravitatis (Inquisidor de depravación herética).

-Decidme quién es y cuál es el motivo de vuestra premura –quiso saber el abad.

-Es un falso clérigo proveniente de Borgoña, llamado Clovis –aclaró.

-Aquí no hay ningún frater de ese lugar, ni con ese nombre –manifestó el abad.

-Haced memoria, seguramente haya pasado hace poco. Su rastro lo hemos perdido entre Vilesirga y Carrión –informó el dominico.

-¿Qué más sabéis de él? –interrogó el prelado.

-Pues, que llevaba varios meses viviendo en el vico francorum de los arrabales extramuros de Vilesirga. Hemos registrado su casa y hemos encontrado este libro robado de su abadía de Borgoña –aseguró el inquisidor.

-A ver, Liber Sancti Iacobi. ¿No puede ser! –exclamó el benedictino.

-¿Cómo? –se sorprendió Esteban de Bourbon.

-Tiene cierta similitud al que un peregrino nos ha querido vender hace unos días. Venid al scriptorium. Arnulfo, el hermano bibliotecario, os lo aclarará. Pero, concretamente, ¿cuál es el motivo de la búsqueda del tal Clovis?

-Un testimonio obtenido bajo tortura inquisitorial le ha delatado: es un hereje, un cátaro.

El hermano Arnulfo, además de un excelente calígrafo, era el bibliotecario del convento. Se deleitaba con el códice de Clovis, colocado sobre su pupitre. Las miniaturas parecían proceder de Cluny; sin embargo, el tipo de letra era desconocido para él a pesar de tener libros de cientos de monasterios, logrados mediante el intercambio de ejemplares copiados. Las grafías eran irreconocibles, no eran comparables con ningún otro tipo de letra; eran, simplemente, únicas. La mano que las había trazado debía de ser la de un admirable amanuense. Al oír pasos por la escalera retiró el libro de la vista. En ese momento el abad y el inquisidor irrumpieron en el scriptorium. -Hermano -dijo el abad-, nuestro visitante dominico requiere de vuestra ayuda.

Éste le tendió el libro y preguntó:

-¿Tiene alguna relación este códice con el que vuestro abad afirma que ha intentado venderos recientemente un peregrino?

Arnulfo examinó con detenimiento el códice; las grafías sí evidenciaban su origen, la región Borgoñona. Por lo demás, era casi idéntico en formato e ilustraciones, aunque era más voluminoso y aparentemente presentaba más contenidos respecto al que momentos antes había tenido sobre el pupitre y ahora había escondido.

-Pues -contestó dubitativo dibujando una mueca en su rostro-, excepto parte del contenido, no veo otro parecido. Según recuerdo, tienen distinto formato y número de folios, distinto tipo de letra, distintas ilustraciones. En definitiva, a mi entender, son distintos manuscritos de distintas scholas monásticas.

-¡Tiene que haber alguna relación! -afirmó con rotundidad el inquisidor.

-Hermano dominico -respondió Arnulfo-, a mi entender la persona a quien buscáis no creo que esté relacionada con ambos libros -mintió.

El anciano abad apenas seguía la conversación aquejado por su acusada sordera y se retiró, dejando al bibliotecario respondiendo al improvisado interrogatorio del inquisidor.

-¿Estáis seguro de vuestra declaración? -le volvió a preguntar-. El asunto que nos ocupa es de la máxima gravedad y vuestro testimonio engañoso puede implicaros en un proceso inquisitorial.

-Hermano dominico, mis palabras son las de mi corazón guiadas por mi razón, pero si vos tenéis algo más que decirme, quizás aclare mejor la situación y pueda ayudaros en algo.

Hermano bibliotecario, dadas las circunstancias, os comentaré bajo secreto de confesión que un grupo de herejes cátaros se ha infiltrado en la orden benedictina y uno de los cabecillas es un tal Clovis, huido de su escondite en el monasterio de Cluny en Borgoña cuando el cerco casi le atrapa.

Su cómplice, el viejo bibliotecario de su abadía nos dio su nombre poco antes de expirar en el potro de tortura. Se dirigía hacia Santiago, pero quiso camuflarse en la villa próxima a Carrión, en Vilesirga, en el vicofrancorum, de donde ha partido hace solo unos días y creemos que está por Carrión, o quizás haya pasado por delante de este monasterio, para continuar por la ruta jacobea, su huida de la justicia divina.

-Los hechos que me relatáis ciertamente son graves. Sin embargo, solo puedo decir que el peregrino que nos mostró su códice se llamaba Ioan y ya continuó su camino. Ahora llegará por Sahagún o más allá, en las tierras leonesas -mintió.

-Pudo haber cambiado su nombre por seguridad y precaución; y en cuanto a los libros, creo que ambos tienen una relación directa, sobre todo teniendo en cuenta que el tal Clovis es un experto amanuense.

-Hermano, os he contado todo lo que sé, y no dudéis en que si veo o escucho algo sospechoso os tendré puntualmente informado.

-Nos alojaremos durante unos días en el monasterio antes de partir hacia la ciudad de León. Si recordáis algún aspecto importante, comunicádmelo inmediatamente. Mientras esperaba la decisión del monasterio de adquirir o no su códice, Clovis, hospedado en San Zoil, como un converso más, se recluía la mayor parte del tiempo en la biblioteca del scriptorium, donde más seguro se encontraba y donde pasaba más desapercibido, pues los monjes que allí trabajaban apenas levantaban la vista de sus tareas y acostumbrados a las visitas de frailes de otros cenobios, apenas nadie reparaba en él.

Leía ensimismado cuando oyó a su espalda que se dirigían a él en voz baja:

-Frater, Si no tenéis inconveniente seguidme y hablaremos en privado -le dijo Arnulfo.

- Clovis no tenía otra opción, asintió con un movimiento de cabeza y precavido le siguió hasta su celda.

-Una verdadera joya -comentó, mostrando su libro.

-Si os interesa, pagádmela y seguiré mi camino.

-Su precio es mucho más elevado del que vos pedís.

-Entonces, estableced vos la cuantía.

-Su precio no solo es material... Caro frater Clodoveus –repitió más pausadamente-.

-¿Cómo sabéis mi nombre latino?

-Vuestra soberbia y arrogancia ha cometido un grave error intentando encriptar acrósticamente vuestro nombre latino en la introducción al manuscrito copiado por vos, Clodoveus me fecit, subestimando la inteligencia de los lectores.

A continuación, añadió:

-Vuestra vida está en peligro.

-¿Qué os impulsa a decirlo?

-Sé que sois un cátaro. Os busca la Inquisición, que os ha seguido el rastro hasta aquí y seguramente no tardaréis en ser descubierto, procesado y quemado en la hoguera.

La sorpresa le impidió a Clovis reaccionar rápidamente:

-No voy a delataros ni creo que sea el momento de que abandonéis este mundo.

-Entonces, ¿qué queréis de mí?

-Clodoveus, aquí nadie os conoce, yo podría ayudaros encubriéndoos, como he hecho hasta ahora con el inquisidor. Oficialmente seríais mi ayudante en el scriptorium y en la biblioteca, aunque en realidad yo sería quien aprendería de vos. Vos mismo sois una nueva schola. Sois un magnífico amanuense.

Había sido descubierto, sin embargo, con la admiración mostrada por el bibliotecario hacia su obra, le hacía presagiar alguna esperanza.

El bibliotecario continuaba con su exposición de los hechos.

-Vuestra caligrafía es sublime y, sin lugar a duda, a vuestro lado me enseñaríais su técnica. Junto a vos aprendería y formaríamos una nueva schola de escribanos, difundiríamos nuestra biblioteca por todo el orbe cristiano y nuestro cenobio sería conocido y respetado en toda la cristiandad.

-Hermano bibliotecario, no ansío una vida de fama mundana.

-Si no aceptáis, os espera la tortura y la muerte.

-Jesús también sufrió tortura y muerte.

-De nada os servirá morir.

-No temo a la muerte. Lo único que siento es no haber difundido con más ímpetu la Buena Nueva, en contraposición a una Iglesia alejada del pueblo al que arranca diezmos abusivos, privándole de todo y haciéndole llevar una vida miserable llena de trabajo, dolor y llanto, con un injusto orden social establecido y bendecido por la Iglesia a la que vos pertenecéis, bajo la continua amenaza a los humildes con el castigo divino del infierno eterno.

-Fueron los apóstoles junto a los primeros discípulos quienes organizaron esta nuestra Iglesia.

-Sí, pero la habéis llenado de liturgias vacías, de riquezas, de majestuosos templos y monasterios, de soberbia, de avaricia y la habéis alejado de los principios iniciales de amor, de justicia y de paz del cristianismo puro.

-Hermano, vuestras convicciones son muy profundas, yo no soy quién para juzgaros. Desde luego, sois un buen hombre al que admiro por su arte caligráfico e ilustrador. Pensad en mi oferta y decidíos pronto, la larga mano de la Inquisición puede atraparos en cualquier momento.

Clovis, a pesar de ser un “perfecto cátaro” y prohibírsele tener miedo a la muerte, como humano sintió temor pensando ciertamente que su fin podría estar próximo, pero se reconfortaba con la fortaleza de sus creencias.

Ante la negativa a permanecer en San Zoil, su interlocutor continuó persuadiéndole:

-Sé de la existencia de un monasterio a una jornada río Carrión abajo, hacia la ciudad de Pallantia, que admite cluniacenses fugados. Dentro de sus muros he oído comentarios de que se vive la pureza de la vida evangélica. Los hermanos se dedican plenamente al ora et labora, la riqueza y la ociosidad están fuera de sus corazones. Hermano, si no deseáis quedaros aquí, huid antes del alba, cuando los cimbales de la espadaña del monasterio toquen a maitines, que es cuando abren las puertas del patio posterior y así podréis confundiros con los peregrinos que se acercan a pedir limosna. ¡Idos! ¡No lo dudéis! Dentro de sus muros podréis protegeros y vivir el ideal de la pobreza, el espíritu cristiano y evangélico más acorde con vuestras convicciones.

El discurrir del agua de la clepsidra marcaba la hora de la oración, a la vez que el sacristán hacía sonar los cimbales de la espadaña interior del monasterio de San Zoil llamando a los hermanos a la oración de maitines. Era la hora prima del tercer día de los idus de julio. Al oír el tañido de la campana, Clovis, acurrucado en el jergón de paja colocado sobre un bastidor de madera, hizo un esfuerzo y se incorporó. Se ciñó la túnica, se calzó, cogió su zurrón y el bordón, y se dirigió a la puerta trasera del monasterio.

Le inquietaba la tensa calma que reinaba. Cobijado por las tenues sombras del alba mientras bordeaba las tapias del patio, se acercaba a la puerta trasera del convento que tenía las dos hojas del portón abiertas de par en par, como le había dicho Arnulfo. Se aproximó con cautela agudizando todos sus sentidos, miró hacia atrás y no vio ni oyó nada, y se dispuso a cruzar el umbral. En ese momento dos lanzas cruzadas le cerraron el paso.

Un soldado, de la guardia del inquisidor, le preguntó:

-¡Alto! ¿Quién sois?

-Un peregrino.

-¿Y cómo es que salís del patio del monasterio en vez de entrar en él?

-He estado hospedado en el convento.

-Los peregrinos pernoctan en los hospitales y albergues propios para ellos y no en clausura.

-¿Cuál es vuestro nombre?

-Ioan de Pallantia.

-Vuestro acento es galo y no castellano. No seréis... ¡Sí, seguro, sois Clovis de Borgoña, el hereje que andamos buscando! ¡Llamad al inquisidor!

Sintió que su sueño de libertad se truncaba bruscamente; no tenía posibilidad de escapatoria alguna y resignado asumía su destino. De nada le hubiese servido apelar al “derecho de asilo” al encontrarse en un recinto sagrado, el monasterio. Sabía que la Inquisición no lo respetaba.

Informado Fray Esteban de Bourbon, acudió raudo al patio donde se retenía a su presa.

-¡Cuánto tiempo sin noticias vuestras! -dijo con sarcasmo, y prosiguió-. ¿Acaso huis de algo o de alguien?

La retórica pregunta del inquisidor no requería respuesta y Clovis optó por guardar silencio.

La tenacidad persecutoria del inquisidor, Domini Canis (El perro del Señor), como se hacía llamar con orgullo, había conseguido su objetivo. El dominico, con una diabólica sonrisa de plena satisfacción en su rostro al haber conseguido atrapar a un personaje tan escurridizo, continuó:

-Habíamos perdido tu rastro en Vilesirga, pero al fin te encontramos. ¡Encerradlo en las mazmorras del convento! En cuanto todo esté dispuesto, será juzgado por hereje.

Corrían malos tiempos para el espíritu inicial de Cluny, patente en su ora et labora. Sus monjes habían abandonado los trabajos manuales, de los que se ocupaban ahora los siervos, supervisados por los hermanos legos, para dedicarse al esplendor de la liturgia, al opus Dei. Habían dejado de lado también la penitencia y la pobreza, y había anidado en sus corazones la pereza y la vida cómoda.

Paralelamente a esta corrupción, soplaban aires de cambio y muchos benedictinos aspiraban a una vida más próxima al ideal evangélico de los primeros cristianos. La prosperidad material de Cluny les ahogaba espiritualmente; los abades ejercían de señores feudales y los monasterios cluniacenses se sumían en profundas contradicciones que hacían dudar de su fe a muchos de sus clérigos, quienes se preguntaban:

¿Acaso podía el monje vivir un ideal de pobreza si el convento en el que moraba era inmensamente rico?

El hermano Arnulfo no podía dormir con estas meditaciones; la vida cómoda y la ostentación litúrgica del monasterio no le satisfacían; la paz interior que él buscaba no la encontraba entre los recios muros del cenobio. En la soledad de su celda pensaba *Decipi non censetur qui scit se decipi* (No puede considerarse engañado quien se sabe engañado). Le venían a la memoria los hermanos que cada día abandonaban los conventos benedictinos para iniciar una nueva vida sencilla, austera, de penitencia, pobreza y trabajo manual a la vez que de oración en las nuevas órdenes religiosas, como los premostratenses, los camaldulenses, los cartujos y el Císter, blancos de espíritu como sus hábitos y sus conventos, donde se proscribía toda riqueza monástica. Órdenes que empezaban a poblar los campos, como si de un blanco manto se tratase, lejos del bullicio de las ciudades, del Camino a Santiago y de sus vicios...

La duda le atormentaba, cuando entre tinieblas oyó de nuevo los címbales que llamaban a la oración de maitines. Como hacía todos los días, se incorporó, se ciñó el hábito de paño parduzco con el que dormía, se puso la esclavina con la capucha, calzó sus sandalias y se dirigió al templo, pero no accedió a él, sino que le bordeó por el ala sur hasta llegar a la portada principal del oeste. Mientras los monjes comenzaban a ocupar las sillas del coro, en la lejanía oía cada vez más tenue el cantus firmus del *Benedicamus Domino*.

Disfrazado como un peregrino más, portando en su zurrón el codex de Clovis, Arnulfo salió del monasterio y se dirigió hacia el río, que en su plácido discurrir a través de un meandro describía una amplia curva. Junto al cauce, le esperaba Jack, el juglar que vendía en la plaza letuarios y plantas para hacer pócimas, quien le recibió con una cómplice sonrisa y sin hablar se acercaron rápida y sigilosamente a una olmeda próxima.

Arnulfo se detuvo de pronto y, mirando a su alrededor para asegurarse de que no habían sido seguidos, le señaló a Jack un matorral espeso. Ayudándose de una hoz que llevaba oculta bajo su hábito, retiraron las zarzas que cubrían una oquedad totalmente oculta y se descubrió ante ellos un estrecho pasadizo secreto, apenas utilizado, pero que servía para huir o tener contacto con el exterior en caso de peligro o de asedio. Se adentraron en el túnel que comunicaba con las mazmorras de la abadía. Una verja cerraba el paso. Abrió con la llave que él mismo guardaba en la biblioteca. Justo en ese instante se realizaba el relevo de la guardia en el exterior de la prisión, por lo que era el momento oportuno. Jack con rápidos movimientos ahuecó la paja del suelo de la mazmorra, simulando la silueta de un prisionero durmiendo bajo una manta.

Clovis, sorprendido por la rapidez de los acontecimientos, apenas tuvo tiempo de reaccionar, cuando ya salían por la boca del pasadizo. La brisa fresca del amanecer le espabiló y entonces comprendió que el bibliotecario y un juglar no desconocido para él, al que recordaba vendiendo hierbas afrodisíacas y narrando historias acompañado de su vihuela en la plaza de la villa, le guiaban de prisa por la ribera del Carrión, alejándose del monasterio.

Los rayos tenues del sol naciente se filtraban entre la maleza de la ribera del río como un juego de luces y sombras cambiantes. Jack, seguido de cerca por Clovis y Arnulfo, caminaban raudos río abajo por su orilla derecha, la menos escarpada, pero también la más peligrosa pues se abrían claros, en los que podían ser vistos y ser presas fáciles de los bandidos que pululaban por estos bosques. Jack, juglar, recitador de poemas y leyendas, guía de peregrinos, pícaro y un sinfín de oficios cuando la necesidad o el hambre lo requerían, llevaba lustros viviendo a costa del Camino a Santiago que tan bien conocía. Sabía que, siguiendo el río, antes del anochecer llegarían al cenobio premonstratense de la Santa Cruz de la Zarza, distante una jornada a pie del monasterio de San Zoil. Jack conocía perfectamente el camino, pues había llevado en varias ocasiones a la abadía premostratense a otros clérigos fugados que le pagaban generosamente por guiarlos por terrenos peligrosos, donde el perderse suponía enfrentarse a graves problemas e incluso a la muerte. Por eso iban rápido y solo se detenían lo imprescindible.

Atardecía cuando divisaron la torre campanario de la abadía premostratense sobresaliendo entre las copas de los árboles al otro lado del río, en su orilla izquierda, en una plataforma elevada a salvo de las inundaciones, como un faro que guiara a los fieles en esa llana vega del Carrión. Se iniciaba el verano y el río se encontraba en aguas bajas, por lo que lo vadearon fácilmente por un esguazo.

Al aproximarse más, apareció ante ellos un monasterio. La impresión al acceder al templo era muy distinta a la que se sentía dentro de las macizas y oscuras iglesias cluniacenses. Las paredes, a pesar de estar desnudas, no eran frías, estaban llenas de la luz del atardecer que se filtraba a través del rosetón sobre la puerta que daba al oeste, proyectando sobre el pavimento de las naves una sinfonía cromática. Las ventanas del ábside estaban cubiertas de imágenes hechas con vidrios multicolores que brillaban como rubíes y esmeraldas. Las pesadas bóvedas cluniacenses habían sido sustituidas por ligeras bóvedas ojivales que a través de finos nervios soportaban su peso.

El abad recibió a Arnulfo y Clovis en la Sala Capitular del Monasterio. Un habitáculo de planta rectangular, conformado con columnas centrales de gruesos fustes decorados con capiteles, de los que partía una palmera de nervios que se proyectaban a los cuatro muros para ser recogidos por respaldos de uno o de dos fustes también con sus correspondientes capiteles, todo ello sobre un banquillo corrido adosado al muro.

En el muro oeste de esta sala capitular se abría una puerta que comunicaba con el claustro, a cuyos lados se disponían unos ventanales de doble arcadura de medio punto bordeados de una imposta exterior de flores cuadripétalas que apoyaban sobre columnas y con capiteles sobre fuste doble. El conjunto arquitectónico y escultórico resultaba bello a la vista, por la perfección arquitectónica equilibrada y por la talla minuciosa de sus capiteles, entre los que figuraban roleos vegetales, rosetas, acantos terminados en piñas o en volutas, pero también algunos animales como grifos afrontados, e incluso un precioso torneo de caballeros con sus armas: escudos, lanzas, yelmos y lorigas. -Benedicamus Domino -les dijo el abad juntando sus manos e inclinando levemente la cabeza.

-Benedicamus Domino -respondieron al unísono con una reverencia.

-Sed bienvenidos a la casa del Señor. Pero antes debo interrogaros. Son muchas las gentes conversas que con falsas vocaciones se acercan a los nuevos cenobios buscando ventajas materiales, más que espirituales. De ahí nuestro interés en erradicar el fomento de vocaciones falsas o mediocres entre gente necesitada.

-Reverendo abad -respondió Arnulfo por los dos-, somos monjes cluniacenses amanuenses, disconformes con la forma de vivir la religión en nuestro monasterio. Buscamos la paz y el reencuentro con el cristianismo puro.

-Veo que no sois rústicos, vuestras manos y modales os delatan. No os será difícil vivir de acuerdo con la regla de nuestra Orden, con nuestros horarios de oración y nuestros trabajos manuales, privaciones, renuncia a la voluntad individual y absoluto sometimiento al abad. Dada vuestra condición de calígrafos, os recibimos con los brazos abiertos. Después de jurar fidelidad a nuestra Regla, os será impuesto por mí el nuevo hábito de la Orden.

Esteban de Bourbon estaba exultante. Con la excitación del apresamiento del hereje cátaro, apenas había podido dormir. Oyó los címbales llamando a la oración de maitines y se vistió para la ocasión. Pronto amanecería y con el juicio y la posterior ejecución en la hoguera del prisionero, cerraría un luctuoso episodio que ya le ocupaba demasiado tiempo y que le había hecho retrasar importantes asuntos para prosperar en el seno de las jerarquías eclesiásticas. Además, este acontecimiento, felizmente resuelto para la Santa Madre Iglesia, sin duda le otorgaría importantes merecimientos para ascender en la escala clerical y poder optar a un obispado vacante. Así podría abandonar el oficio de inquisidor y traspasarlo a clérigos más jóvenes, dispuestos a largos y peligrosos trances en sus continuos viajes persiguiendo y aniquilando herejes.

Antes de entrar en el templo, ordenó al oficial de su guardia que tuviese preparado al hereje para juzgarlo cuanto antes.

El coro estaba terminando de cantar el Dies irae, cuando un guardia entró precipitadamente en el templo y buscó al inquisidor en su sitial del coro. Se dirigió a él hablando atropelladamente:

-Ha huido el prisionero.

-¿Cómo? –repuso visiblemente nervioso el inquisidor.

-El hereje no está en su celda. Quizás alguien le ha ayudado a escapar –informó.

Rápidamente abandonó el templo y se dirigió a las mazmorras, donde se percató de la burla al observar cómo una raída manta cubría un montón de paja asemejando un cuerpo humano tendido en el suelo.

-Sin duda ha sido Arnulfo, el bibliotecario, quien le ha ayudado a escapar. Le he echado en falta en la oración de maitines. Rápido, buscad por los alrededores, no pueden estar muy lejos.

En la inspección de las mazmorras, descubrieron el secreto pasadizo, un tanto abandonado, pero siempre habilitado por si la necesidad lo requería. Tras unos tablones colocados convenientemente, se escondía la verja de acceso. Siguiendo el túnel, el inquisidor con dos soldados salieron junto al río entre unos arbustos que recientemente habían sido cortados.

-Han huido por aquí. No sabemos la dirección ni la delantera que nos llevan. Volvamos y organizaremos una batida.

Sin tiempo que perder, el inquisidor, junto con el oficial al mando de su escolta, accedieron al scriptorium de la abadía con el ayudante del bibliotecario al que solicitó la cartografía del entorno al monasterio. El fraile le mostró un pergamino con un mapa de la zona, extendiéndolo sobre un pupitre.

-¿Qué lugares próximos hay donde puedan refugiarse? -preguntó el oficial al bibliotecario.

-Si tienen que evitar los núcleos poblados, podrían ir a través de los bosques. - Dijo el bibliotecario.

-Dos huidos, sin conocimientos de armas, serían presas muy accesibles para asaltantes y bandidos que pululan por los bosques de estos contornos -afirmó el oficial.

-Entonces -dijo el frater-, lo más probable es que hayan seguido la ribera del río Carrión siguiendo su curso hacia el sur, hacia la abadía de Husillos y la ciudad de Pallantia, distante ésta a dos jornadas a pie. Tendrán que hacer noche a mitad de camino, y entonces el lugar idóneo y más seguro es el monasterio premonstratense de la Santa Cruz de la Zarza.

-Esa sí podría ser la ruta elegida. El abad del monasterio premostratense nos informará de su paso -dijo el inquisidor.

-Antes de iniciar la marcha hacia el sur, siguiendo la orilla del río –concluyó el oficial-, recorreremos los alrededores, por si aún estuviesen cerca o por si la ruta elegida fuese otra. Perderemos algo de tiempo, pero nos aseguraremos hacia dónde se dirigen.

El oficial de la escolta inquisitorial organizó rápidamente patrullas a caballo, asignándoles las distintas rutas posibles. Una hacia el oeste, siguiendo la calzada del Camino a Santiago y vigilando sus márgenes, a la vez que indagarían en los monasterios y las poblaciones que cruzasen; pero no distanciándose más que dos o tres leguas del cenobio de San Zoil, pues no podrían estar más lejos.

La orden del inquisidor era reunirse al atardecer en el propio monasterio de San Zoil, para descartar rutas y decantarse por la más verosímil. Perderían un día, pero aseguraban la pista para la caza de la astuta y escurridiza presa.

Atardecía mientras iban llegando al patio del monasterio las patrullas de reconocimiento, e iban informando a Esteban de Bourbon acompañado del oficial de su guardia. Nadie había visto a los prófugos. No habían pasado ni por el Camino hacia Santiago, ni por los monasterios visitados, ni por las poblaciones próximas.

El inquisidor concluyó:

-Seguramente han huido escondiéndose de la gente para no ser delatados. Habrán aprovechado la espesura del bosque de ribera que acompaña al río en su curso, por lo que seguramente ya estén en el monasterio premostratense de la Santa Cruz de la Zarza. Mañana partiremos en su búsqueda y captura.

La tropa salió de la abadía por el camino hacia el puente que unía las dos orillas fuertemente desniveladas del río, en el lado más bajo, el monasterio de San Zoil, y al otro lado, la ciudad de Carrión. Pero no atravesaron el puente, sino que comenzaron a transitar en fila de a uno por la sirga derecha del río. La vereda estrecha y sinuosa ralentizaba la marcha.

En el recodo de un meandro del río, unos pescadores tendían sus redes, pero, aunque sí habían visto a los fugados el día anterior, al ver el estandarte de la inquisición, no quisieron delatarlos. Esteban de Bourbon sabía que los inquisidores no gozaban de prestigio entre el vulgo. Ante su pregunta, les observó detenidamente. Su astuto olfato le decía que ocultaban algo; sin embargo, no tenían tiempo que perder y con su silencio sospechoso, ya le habían dado la respuesta requerida. En otra ocasión les hubiera prendido y sometido a tortura para conseguir la delación en su declaración, pero ahora tenía prisa por cazar presas mayores antes de que se infiltraran en la pujante ciudad de Pallantia y perdieran su rastro.

El calor de la canícula había hecho sudar al grupo que llevaba todo el día cabalgando a pleno sol, por lo que habían tenido que detenerse de trecho en trecho para refrescarse y para que abrevaran los caballos. Por fin se encontraba a la vista la torre del cenobio de la Santa Cruz de la Zarza, a donde se dirigían. Primero tenían que atravesar el río Carrión, que en estiaje no sería difícil encontrar un paso vadeable.

A Esteban de Bourbon no le había sentado bien la comida. A su edad madura, las ingestas de campaña le resultaban pesadas; hubiera preferido un frugal condumio, y un buen reposo posterior para hacer bien la digestión. Lo tenía decidido, ésta sería su última persecución de herejes prófugos. Cualquiera joven inquisidor aguantaría mucho mejor que él las incomodidades de este oficio, las inclemencias del tiempo, las largas caminatas, de convento en convento, de ciudad en ciudad.... Él lo que ansiaba era un obispado, con sus rutinas en las comidas y en los descansos, y con su estabilidad en palacio.

Llevaba un rato con ventosidades, oyendo quejarse a sus tripas. Sus necesidades fisiológicas le apremiaban; y, aunque podría llegar a evacuar al cenobio sin demasiado agobio, su orgullo de inquisidor no le permitía el ir a visitar las letrinas antes que presentarse ante el abad, o despacharle con rapidez. El protocolo era un importante signo de su autoritas, por lo que se dirigió al oficial de su escolta mercenaria:

-Adelantaos y yo os alcanzo enseguida.

-¿Cuál es el motivo de vuestro retraso? –quiso saber el oficial.

-No tengáis cuidado, solo es una imperante necesidad fisiológica. No tardaré mucho. Aún hay luz, y no hemos visto a nadie en la última legua. Además, el monasterio está a la vista –aclaró el inquisidor.

-Os dejaré un escolta al otro lado del río –contestó el militar.

Mientras la tropa se alejaba al paso, Esteban de Bourbon desmontaba, ataba su caballo a un árbol y se apartaba del camino detrás de un matorral para evacuar el vientre. También aprovecharía para cambiar sus ropas de campaña por su hábito dominico, con la túnica blanca, la esclavina negra con cogulla y el rosario de quince misterios al cinto, para presentarse dignamente ante el abad.

Todo el día llevaban siguiendo al inquisidor y a su escolta, desde que salieron del monasterio de San Zoil. Eran dos forajidos, que iban a pie, manteniendo las distancias con el grupo, para no acercarse ni alejarse demasiado. No les era difícil, pues los caballos iban al paso ya que el camino era estrecho y tortuoso; a veces solo se podía avanzar en fila de a uno, o como mucho de a dos. Además, conocían la ribera del río Carrión, por lo que no les era complicado pasar desapercibidos entre sus arbustos y matorrales. Su medio de vida habitual era la caza en el bosque, la pesca en el río y asaltar a los desprevenidos viandantes.

La cabeza de cualquier inquisidor tenía precio, y aún más la del legado pontificio. Una cantidad muy elevada para gentes como ellos, si bien obtenerla les podría costar la vida. Eran proscritos, no tenían parientes ni amigos, vivían al margen de la ley y ya se les buscaba para ajusticiarles. No tenían nada que perder, pues sabían que, si salía algo mal, morirían irremediabilmente en el acto, o tras una atroz tortura. Pero era una oportunidad para conseguir un buen botín y poder así iniciar una nueva vida lejos de allí, donde nadie les conociera, y a la vez vengarse del sanguinario inquisidor.

El encargo provenía de un judío de Carrión, enriquecido con el comercio y el préstamo con usura, cuya mujer había sido denunciada, por envidias, y había sido torturada, hasta declarar en medio del delirio del dolor para que cesara el suplicio, que era una bruja que asistía a aquelarres nocturnos con el demonio. Los falsos testigos, que habían sido aleccionados por conocedores del *Maellus Maleficarum* (Martillo de las brujas), manual usado por los miembros del Santo Tribunal para “cazar brujas”, habían adaptado sus delaciones al articulado del manual para hacer más creíbles sus acusaciones.

A pesar de que los procesos inquisitoriales estaban destinados a los cristianos, en este caso sí podía actuar el Santo Oficio, pues los temas de brujería eran considerados crímenes de lesa majestad, pues afectaban al orden público. El proceso inquisitorial era secreto e indiciario, es decir, podía basarse exclusivamente en la sospecha estableciendo una presunción de culpabilidad (opinio malis), y era arbitrario en tanto que el juez podía determinar la pena al reo sin sujetarse a ninguna ley que lo limitase. La acusada debía demostrar su inocencia incluso sin conocer los motivos concretos por los que se le procesaba.

La confesión de culpabilidad de la mujer era considerada como prueba plena, incluso si había sido arrancada bajo tortura, como habitualmente ocurría. La rea había sido colgada por las muñecas con las manos atadas a la espalda, tormento que se conocía como la garrucha; quemadas las plantas de los pies y machacados los pulgares.

En defensa de la mujer testificaron el marido y los criados; todos ellos judíos, por lo que al no jurar sobre la Biblia apenas tenían valor sus testimonios. Afirmaban que la mujer dormía en su cama todas las noches y que no salía de su casa. El inquisidor contraargumentó que las brujas pueden volar a enormes velocidades, atravesar estrechos agujeros por los que apenas cabe una avispa; pueden hacerse invisibles, sumergirse en las aguas de los ríos o del mar, sin mojarse, metamorfosearse en el animal que se les antoje, y por supuesto, asistir a los aquelarres y parecer que a la vez estén durmiendo en sus camas.

Aunque las acusaciones no estaban documentadas con pruebas concretas y objetivas lo suficientemente evidentes, fueron tenidas en cuenta por el Tribunal. El argumento principal del inquisidor fue que las confesiones de los acusadores concordaban entre sí y no se contradecían, y se correspondían con las afirmaciones que podían leerse en el MaellusMalleficarum sobre la demoniología, lo que les daba carácter de veracidad. In dubio pro Fidei (En caso de duda se favorece la causa de la Fe), argumentó el inquisidor antes de dictar la condena a muerte en la pira.

El inmenso dolor del marido por la injusta e ignominiosa tortura y muerte en la hoguera de su mujer solo podría ser calmado, en parte, con la venganza. Habían recibido una pequeña bolsa de cuero llena de ducados de oro y plata, como anticipo, y recibirían el cuádruple cada uno, si cumplían llevando a cabo la ejecución del inquisidor. Las negociaciones se habían desarrollado con el máximo secreto y con intermediarios anónimos y encapuchados que, desconocían los rostros y los nombres de los contratantes y de los contratados, para así no poder delatarlos, ni incluso bajo tortura.

Se habían aproximado tanto al grupo que podían oír el ruido amortiguado de los cascos de los caballos al paso, sobre el limo de la ribera. El monasterio al que iban estaba ya tan cerca, que estaban a punto de desistir, por el momento, de su objetivo. Entonces, sorprendentemente, vieron que el inquisidor se quedaba solo y descabalgaba.

Era su oportunidad, se dijeron. Prepararon el asalto con gestos, para no ser oídos. Solo uno de ellos se acercó por detrás a Esteban de Bourbon, que se había quitado el sayo y bajado las calzas hasta las rodillas por encima de sus borceguíes altos con espuelas. Defecaba placenteramente en cuclillas y ofrecía el cuello desprotegido al salteador. El forajido levantó con ambas manos el hacha de leñador que llevaba y le asestó un golpe nítido seccionándole el cuello, separándole la cabeza tonsurada del tronco, que fue rodando con los ojos abiertos y quedó en el suelo hacia arriba, mirando fijamente a su ejecutor.

Sin tiempo que perder, pues enseguida vendrían a buscarle, le robaron el collar y los anillos y, como prueba de muerte, arrancaron el escudo inquisitorial cosido en la pechera de su esclavina, y se deshicieron del cadáver arrojándolo al río, para ganar tiempo. Antes de desaparecer con las sombras del atardecer registraron las cartucheras de su caballo, apoderándose de un pergamino enrollado con los cargos de la acusación y orden de detención del hereje Clovis de Borgoña.

El escolta mercenario estaba intranquilo; para hacer sus necesidades no se tardaba tanto. Hacía un rato que había oído un chapoteo en el río, que relacionó con los grandes barbos que saltaban fuera del agua al atardecer dando ruidosos coletazos, por lo que no le dio importancia.

Se adentró en el río hasta su mitad, el esguazo apenas cubría las patas de su corcel. Vio entonces el caballo del inquisidor atado a un árbol, lo que le tranquilizó. Esperó un poco más y se acercó llamando al inquisidor en voz alta, pero no obtuvo respuesta. Buscó por los alrededores y, ni rastro, hasta que se percató de la esclavina del hábito dominico junto a un gran charco de sangre en la hierba y cuyo rastro le llevaba al cauce del río. Se aproximó, y vio el cuerpo decapitado del inquisidor semihundido flotando entre dos aguas.